



## Cuento

### *El fruto de la montaña*

**(Algunas impresiones fragmentadas e inconclusas sobre mi padre y mi infancia)**

Rosalba Guzmán Martínez<sup>1</sup>

[Rosalbaguzmanm13@curnvirtual.edu.co](mailto:Rosalbaguzmanm13@curnvirtual.edu.co)

## I

Iniciaba el año 1936 y el viento traído del mar soplaba suavemente acariciando la majestuosa montaña que en algún tiempo emergió de las profundidades del Mar Caribe, empinándose majestuosa hasta lograr sus 800 metros de altura. Altiava porque sabía que podía levantar su nariz y enseñorearse como gran dama, luciendo su apacible vestuario a veces verde oscuro y otras, verde claro. Brillante por los destellos del sol o acompañada de pétalos multicolores que ofrece la flora de la región costera. Nació para ser símbolo de una vasta zona que surgió como una cadena montañosa de la cordillera Occidental en el hermoso país de Colombia.

Las montañas de María la alta, cuando su descubridor las halló y se percató de su hermosura y del predominio que ejercían en la región, después de divisar el gran valle que se extendía y que su continuidad descendía, le pondría por nombre María, pero aclarando que una sería María la Alta y la otra María la baja.

Su vestido pomposo serviría de aposento para que la manada de tigres se resguardase, como también anidaran las más bellas aves del paraíso, las inmensas serpientes, los venados,

---

<sup>1</sup> Estudiante de tercer semestre del programa derecho de la Corporación Universitaria Rafael Núñez, CURN. Integrante del Club de Lectura Bajo Palabra, 2017. E-mail: [rosalbaguzmanm13@curnvirtual.edu.co](mailto:rosalbaguzmanm13@curnvirtual.edu.co)



conejos, ñeques y guartinajas. Sus arroyuelos provenientes de lo alto con sus aguas cristalinas, irrigaban el valle garantizando la vida silvestre. Algunos dicen que el gran cerro de Maco, lleno de guaduas y flores multicolores que adornaban el paisaje, es un volcán dormido, pocos aseguran que es un volcán de agua, mientras otros concluyen que es un volcán de ceniza.

En sus entrañas se levanta la gran población de San Jacinto, fundada por Antonio de la Torre, quien con unas cuantas familias empieza organizarse y a vivir plácidamente influenciado por el frescor que venía de la montaña.

Me dispongo a descubrir el corazón de esas alturas porque es allá donde mis padres enterraron mi ombligo, fue allá donde el primer grito de mis pulmones hizo eco en la cadena montañosa, y no precisamente para replicar mi llanto, sino para decirme “Haz llegado para triunfar, y para hacerme feliz, no olvides que te he parido para que ocupes un lugar en la inmensidad del planeta, te he traído de la raíz de mi suelo porque necesito seguir viviendo por ti”

Oh, amada tierra de nuestra infancia, hoy estoy haciendo historia para que mis hermanos puedan conocer quién eres, quién fuiste y cómo podemos hacer para que sigas viviendo en nuestra memoria.

## II

Mi padre a pesar de no haber ido nunca a una escuela escribe, lee y analiza como cualquier versado en cultura general. Cuenta que se paraba en la puerta del colegio y escuchaba lo que decía el maestro, lo que fue suficiente para educarse. Él tiene una gran memoria, la cual, es mi motivo de inspiración para tratar de inmortalizar sus recuerdos.

Como buen sanjacintero que se respete, es honrado, trabajador, bohemio, compositor, bebedor de ron, cazador de tigres en su época y mujeriego.

Entre las historias que mi padre contaba hay una que nunca olvido, la cual narraba la lucha del tigre de la alta montaña con mi bisabuelo Santiago Aldana, quien salió a cortar un palmito porque a mi bisabuela le provocó hacer un mote de palmito. Se llevó sus dos perros y un machete corto al monte y cuando estaba allá, escuchó el ladrido de susto de los perros y al voltearse sintió el peso del fornido animal que se lanzó para devorarlo, muy seguramente celoso



de que alguien explorara sus tierras. Entonces empezó la lucha entre lo racional y lo bestial, ambos arrojados al suelo, buscando demostrar quién era el rey. La razón no debía dejarse herir de la bestia, y esta enfurecida mostraba sus afilados colmillos que causaban heridas que incitaban al animal a continuar hasta vencer a su posible presa. Pero jamás contó con que la razón sabe anteponerse a la brutalidad. Mi bisabuelo, saltando como espadachín, recordando seguramente el arte de la esgrima de sus padres, logró blandir su machete y atravesar el corazón del furioso animal.

Cortó su piel, la asoleó y después la usó para hacer un tambor, despertando con su sonido miedo en el resto de la manada, que días después intentaron atacarlo. La música del tambor les recordaría que no debían meterse con él y su familia.

Mi padre busca en su memoria y dice que el primer Guzmán que subió y se quedó en la alta montaña fue Juan Guzmán Arimaña, en el año de 1850. Le gustó el ver unas tierras frescas, bañadas por corrientes cristalinas donde podía cultivar y construir caseríos. Allí en esa montaña nació mi padre y ahí vive todavía, recordando como de la nada empezó a formarse un caserío en el que el apellido Guzmán empezó a crecer de generación en generación.

### III

La tierra llama y proclama a sus hijos, dicen algunas personas; solo sé que cuando mis ojos observan su cúspide viene a mi memoria escenas de mi infancia en la finca de mi padre en la región de las tinas. Me gustaba subir hasta el copito de la montaña como solíamos llamarlo con mis hermanos: El Niño, Santiago, Gladis, Isa, y Marcos, los otros eran muy chicos. Escondidos de mi papá, corríamos, y nos subíamos a un palo de totumo y empezábamos a cantar la piragua de Guillermo Cubillos. Era tan maravilloso y nuestros ecos repetitivos en cadenas jugaban con nosotros. No puedo ocultar que era muy feliz, y esos recuerdos en este instante me hacen volver a mis escasos 12 años cuando mi padre nos gritaba desde abajo: “¡Cuidado carajo, hagan caso, se pueden caer!”. Nos llevábamos unos ñames, prendíamos fuego hasta hacer un fogón, enterrábamos el ñame entre las cenizas calientes para cuando estuviera al punto



comérmolo. También jugábamos con unos carneros que nos correteaban o investían con sus cachos.

Mi padre había hecho una laguna para recoger las lluvias y alrededor había platanales, nos bañábamos en su orilla, las papayas eran rojas y grandes. Éramos muy felices. Mi papá recogía el guandul y no entiendo por qué yo siempre tenía necesidad de estar a su lado, quizás era por la curiosidad de escuchar sus hazañas en otras tierras y en otros tiempos o por la sospecha de que nadie como yo podía escuchar sus historias con el respeto que se merecían. Una hermosa costumbre que tenía era sentarnos a su alrededor y contar sus ideas políticas, sus logros, cómo se siembra y recoge el ñame, qué era lo malo y qué era lo bueno. Como si de eso dependiera nuestras vidas nos enseñaba cómo hacerse invisible ante el enemigo, curar una mordedura de serpiente, componer un verso, tejer una faja para la cubierta o cuántos pasos debe hacerse para bailar La Pava Congona. Fue nuestro primer gran maestro en esa etapa dulce de nuestras vidas.

Decía a los varones que el hombre siempre debía respetar a la mujer y que esta siempre debía ser obediente a los preceptos del marido. Nos narraba las virtudes de Álvaro Gómez Hurtado, a quien no le permitieron jamás llegar a la presidencia de la República porque lo asesinaron. Los avances del General Rojas y los logros alcanzados en su mandato mientras estuvo en la presidencia después del golpe de estado a Laureano Gómez, y el compromiso del presidente con los campesinos en relación a los préstamos hechos por la caja agraria. Siempre nos dijo que había que leer para no quedarse en la ignorancia.

En la tierra se sembraba tabaco, mangos, frijol y todo lo que se producía era para el sustento familiar. La familia era muy unida, aún recuerdo cuando mi tío Julio llevaba los bultos de maíz, mi tía Isa lo cortaba y se hacían grandes ollas de bollos de mazorca y la casa se llenaba de hombres y las mujeres cocinaban, menos yo porque era muy niña. Eran días en que el ron, los versos y las canciones alegraban los corazones.

Les comento que San Jacinto para mi época de niña era liberal y conservador, el pueblo se separaba cuando de política se trataba. Todos eran amigos, pero cuando aparecía la política los colores azules y rojos hacían sus galas. Si nacías en una familia donde todos eran



conservadores, pues tu partido por nacimiento o sangre era el conservador, esas ideas estaban bien metidas en la mente de los habitantes del pueblo.

Recuerdo que el primer vestido que me compró mi padre era de color azul marino, tenía escasos cinco años y lo hizo como para que no se me olvidara la que debía ser mi inclinación política. Aún lo recuerdo dando charlas sobre Simón Bolívar y su predilección por Santander. Ahora estoy segura que mi vena política fue heredada de él: de niña admiraba a Policarpa Salavarrieta y soñaba ser como ella, me imaginaba rompiendo los carteles y desafiando a mis compatriotas.

También recuerdo que fui el ángel guardián de dos tíos que jamás se casaron, mi tío Eusebio Guzmán Yépez e Isabel Guzmán Yépez. A ratos solían llamarme “Angelito del cielo, estrellita del cielo”. Me amaban, me guardaban y sufrían cuando enfermaba. En cierta ocasión estaba sentada en un taburete con mis piecillos alzados y debajo de mí se encontraba semejante víbora color rosado hermoso, enroscada esperando para clavarme sus colmillos. Eran como las seis de la tarde, mi tía buscaba la linterna para encender la luz, cuando salió miró hacia donde mí y el espanto fue tan grande, que me dijo asustada: “no bajes los pies cielito que tienes una culebra y te puede matar”. Mi tío y los vecinos llegaron y lograron salvarme de semejante peligro. Todavía recuerdo esa experiencia con un poco de terror.

Pero un día crecí y fui retirada de la montaña y los recuerdos, para caminar en el bullicio de concreto de la ciudad y el mundo...